

Dosse, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual.*

Valencia: Universitat de València, 2007, 327 pp. DOI: 10.7440/HISTCRIT48.2012.13

Gustavo A.  
Bedoya S.

Profesor de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia). Magíster en Literatura Colombiana de la misma universidad y Candidato a Doctor en Historia de la Universidad Nacional (Medellín, Colombia). Becario del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y miembro del Grupo de Investigación *Colombia: tradiciones de la palabra* (CTP) de la Universidad de Antioquia (Categoría C en Colciencias). gustavoadolfo00@yahoo.com

El libro de François Dosse debe ser considerado un referente para los estudiosos de la Historia. Sus 327 páginas representan un compendio conciso y acertado de la historia intelectual como práctica historiográfica. Su valor radica, justamente, en la exposición que hace de los conceptos y las pautas metodológicas que los historiadores han utilizado para comprender al intelectual, su entorno y sus ideas. De esta manera, la investigación evalúa los momentos más importantes en la formación del intelectual como objeto de estudio y principio investigativo, logrando establecer la actual fecundidad del concepto en el análisis histórico.

El libro está dividido en dos partes: “Historia de los Intelectuales” y “La Historia Intelectual”. Las subdivisiones de la primera parte rastrean las diversas definiciones y características que se han otorgado al intelectual, incluso desde antes del famoso caso Dreyfus, ya que, en términos de Dosse, existieron intelectuales antes de que el término se convirtiera en sustantivo. Véanse, a manera de ilustración, las cercanías y distancias del intelectual con el filósofo-médico de la Grecia antigua, el monje de la Edad Media (por ejemplo, Abelardo), el profesor humanista del Renacimiento, el filósofo del siglo XVIII (del tipo Rousseau o Voltaire) y el poeta del siglo XIX (el caso ejemplar de Victor Hugo). Dosse llama la atención sobre la dificultad de ofrecer una definición del intelectual que sea estable en el tiempo, aunque concluye que una de sus características principales ha sido el “compromiso” con la crítica, su capacidad de contravenir lo establecido, que lo convierte en una autoridad ética e ilustrada frente a la lógica del poder: el intelectual se define por su práctica de distanciamiento, que le permite conservar su autonomía y un sentido crítico frente a las instituciones de poder.

El compromiso político ha sido, igualmente, la característica que los historiadores han utilizado a la hora de estudiar al intelectual; asimismo, esta característica ha sido la piedra angular que ha potenciado las críticas negativas en torno a la figura, ya que, desde su mismo nacimiento, el intelectual ha sido duramente cuestionado: se le ha acusado de elitista y de ineficaz, al poseer un saber universal que no siempre pone al servicio de la acción social;

también se le ha acusado de ser consejero del Estado, y de dogmático, al responder de antemano desde un sistema de pensamiento, ya sea político o religioso<sup>1</sup>.

De esta manera, concluye Dosse, cuando se habla de intelectual se habla de una noción amplia, polisémica y polifónica, que cambia con las mutaciones sociales de cada época. Es una construcción, y de allí entonces la importancia de no definirlo de antemano: “La historia de los intelectuales no puede limitarse a una definición *a priori* de lo que debería ser el intelectual según una definición normativa” (p. 34).

La segunda parte del libro se concentra en las diferentes maneras existentes en la actualidad de interrogar al intelectual y su producción, por ejemplo, desde la historia cultural, la historia social y la historia de los conceptos. Dosse explica que al lado de la historia de los intelectuales también se ha desarrollado una historia propiamente intelectual; de esta manera, la historia de las ideas (vista como la sucesión cronológica de las influencias de un autor a otro) ha sido reemplazada por una historia intelectual como punto de encuentro, bisagra metodológica de la historia de las ideas, la historia de la filosofía, la historia de las mentalidades y la historia cultural<sup>2</sup>. Así, la historia intelectual no es considerada un nuevo tipo de historia; es un enlace mediador que explora los intersticios, un campo disciplinario que hace aflorar aspectos no percibidos anteriormente en el estudio clásico, centrado en el perfil biográfico del intelectual.

El estudio de la importancia de la figura del intelectual, en las diversas disciplinas históricas, lleva a Dosse a centrarse en nombres y obras de vital importancia en el terreno de la historia cultural. A modo de ejemplo: los aportes de Bourdieu, Certeau, Chartier, Darnton, Foucault, Ginzburg, Guilhaumou, Koselleck, La Capra, Nora, Ory, Pocock, Ricoeur, Sirinelli, Skinner, entre muchos otros. Esta retrospectiva, por la obra de los anteriores estudiosos, le permite establecer la encrucijada entre la pluralidad de enfoques existentes en el diseño de una historia intelectual, así como la proximidad de dicha disciplina con materias tales como la sociología, la filosofía y, por supuesto, la política, la religión y la literatura. Aludiendo a

---

1 En este sentido, son claves las obras de Julien Benda y Raymond Aron, respectivamente: *La trahison des clercs* (París: Grasset, 1927) y *L'Opium des intellectuels* (París: Calmann-Lévy, 1955). En estas dos obras se critica al intelectual que no representa la voz disonante, el intelectual comprometido con algún movimiento político, por ejemplo, la izquierda. Asimismo, Edward W. Said, en *Representations of the Intellectual* (Londres: Vintage, 1994), ahonda en la visión ética del intelectual y la desacreditación de su oficio cuando lo somete a las direcciones del poder político.

2 Dosse establece que la historia de las ideas como disciplina historiográfica no tuvo tanto éxito entre los historiadores franceses, ya que consideraron que ella instaba al estudio biográfico, individual, y que sometía sus explicaciones a razones políticas. Así, tildaron a la historia de las ideas de impresionista. En esa misma línea de sentido, *Annales* se oponía a la historia de las ideas al propiciar el derrocamiento de los tres grandes ídolos de la historia tradicional: lo biográfico, lo cronológico y lo político, tal como lo había expuesto François Simiand en “Méthode historique et science sociale. Étude critique d’après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos”, *Revue de Synthèse Historique* (1903): 1-22 y 129-157.

Cristian Delacroix, Dosse habla de una “indeterminación epistemológica” de la historia intelectual (p. 269), pero independientemente de ello, indica que en la práctica historiográfica ya es tradición el análisis interno de la producción del intelectual, el estudio de su compromiso o de su distanciamiento, y por último, el estudio de las explicaciones externas, es decir, el estudio de las corrientes de pensamiento. Metodológicamente, también está siendo recurrente el estudio del intelectual desde el análisis de la edición o del soporte material de su producción; asimismo, el análisis de las prácticas (incluidas las cotidianas), las representaciones, la apropiación, la lectura, los usos que la sociedad hace de la producción intelectual; también, el análisis de los intermediarios, de la difusión de dicha producción; el estudio de las influencias, de las concepciones, y el análisis de las políticas culturales, etc. Las anteriores prácticas en el estudio historiográfico del intelectual rompen con el énfasis cronológico de los estudios centrados en la vida de un personaje histórico, el cual era representado junto con su obra como un resultado de las condiciones políticas externas.

El libro de François Dosse fue publicado, originalmente, en francés en 2003 (París: Éditions La Découverte); su traducción al español en 2007, a cargo de Rafael F. Tomás Llopis, representa la oportunidad, obviamente, de conocer el libro de Dosse para quienes desconocen el francés, o para quienes no tienen acceso material directo a las publicaciones editadas en el extranjero; pero también permite llamar la atención sobre la importancia que está tomando el estudio histórico de la realidad desde la figura del intelectual. La traducción al español marca la activa recepción que el tema está tomando en Hispanoamérica; para no ir muy lejos, en el contexto actual colombiano, ya son diversas las discusiones sobre el intelectual, evidentes, por ejemplo, en la investigación de Renán Silva *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808* (existen dos ediciones en formato libro, Bogotá: Banco de la República, 2002, y Medellín: Fondo Editorial de la Universidad EAFIT, 2008), que se centra en la configuración de una comunidad intelectual a finales del siglo XVIII; el estudio *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia* de Miguel Ángel Urrego (Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad Central, 2002), donde se explora la relación del intelectual subordinado a los partidos políticos, y de allí la subordinación del aspecto cultural (la investigación comprende los años finales del siglo XIX hasta la Constitución de 1991); el trabajo *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, también de Renán Silva (Medellín: La Carreta Editores, 2005), enfocado en fenómenos tales como la Encuesta Folclórica Nacional (1942), la Radiodifusora Nacional de Colombia y las Ferias del libro (objeto que curiosamente los estudiosos de la literatura han dejado por fuera de sus agendas); el libro *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920* de Ricardo Arias Trujillo (Bogotá: Universidad de los Andes, 2007), en el que se evalúa el desempeño de un grupo de intelectuales de extrema derecha y se explora el tema del intelectual católico; y el libro *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica* de Juan Guillermo Gómez García (Medellín: Universidad de Medellín, Universidad Nacional de

Colombia, sede Medellín, 2011), donde se hace un recorrido desde el siglo XIX hasta el XX, a partir de la figura de intelectuales del tipo Bello, Teresa de Mier, Lizardi, Juan María Gutiérrez, hasta Octavio Paz y Gutiérrez Girardot.

La investigación de Dosse debe ser pensada como una actualización conceptual y metodológica del tema del intelectual. En últimas, se trata de la evaluación del estado del arte del intelectual como objeto de estudio, expuesto de manera *problémica*. Prueba de ello se evidencia en las más de 500 referencias bio-bibliográficas sobre el tema, y la misma finalidad de la investigación: demostrar la riqueza del concepto en los estudios históricos que se han sucedido desde principios del siglo XX hasta la actualidad. El libro de Dosse se centra en el estudio que naciones tales como Francia, Estados Unidos y Alemania han hecho en torno al tema del intelectual; sin embargo, en sus páginas finales se dedican algunas pocas líneas al caso de Italia, Bélgica, Inglaterra y Holanda. Es claro que, por la magnitud del objeto, no se le puede exigir la mención al caso ruso, en donde el término *intelligentsia* fue tan importante para los escritores de principios del siglo XX, pero sobre todo, no se le puede exigir la mención de los casos particulares de España y las naciones hispanoamericanas, en donde ya existen casos de atención, como la investigación de Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina* (Buenos Aires: Katz Editores, 2008 y 2010), y las investigaciones colombianas arriba citadas. La no mención del contexto hispanoamericano no puede ser pensada como una falencia del libro de Dosse; al contrario, debe ser pensada como una invitación a ejecutar este capítulo de la historia intelectual..

Por último, no sobra indicar que la presente traducción al español cae en la indiferencia de no indicar cuáles de los materiales reseñados en la investigación tienen ya traducción castellana. Asimismo, la edición cuenta con un problema de digitación recurrente: en lugar de Jauss, se ha escrito Gauss (pp. 169-170).